

Actitud, comportamiento y suerte dispares de los nazaríes durante la Guerra de Granada (1482-1492)¹

Bárbara Boloix Gallardo
Rafael G. Peinado Santaella
(Universidad de Granada)

Utilizar en plural el adjetivo dispar en el título de este trabajo para calificar a los tres sustantivos precedentes va de suyo. Entre otras razones, por la mayor: la guerra de conquista del emirato nazarí por los Reyes Católicos fue paralela casi durante todo su transcurso a la guerra civil que sostuvieron dos facciones aristocráticas encabezadas por los tres últimos emires: Abū l-Ḥasan ‘Alī (*Muley Hacén*), Muḥammad XI (*Boabdil*) y Muḥammad XII (*El Zagal*), hijo y hermano respectivamente del primero. Los escasos relatos árabes disponibles que narran las postrimerías andalusíes subrayaron la dureza de la discordia, que no estuvo exenta de crueldad familiar, como ilustra el asesinato de Yūsuf, el hijo menor de Muley Hacén. Por una parte, al-Maqqarī (m. 1632) atribuye la hostilidad entre padre e hijo a las segundas nupcias de aquel con una concubina cristiana islamizada como Soraya, al poner la descendencia que tuvo con ella por encima de la que había engendrado primero con su esposa legítima ‘Ā’iša, entre ellos, Boabdil; una rivalidad por la que, a decir de este historiador, “se suscitaron entre los servidores del estado la mutua antipatía y el partidismo por la inclinación de los unos hacia los hijos de *la Horra* y de los otros hacia los vástagos de la cristiana” (Velázquez, 2002, 507). Por otro lado, la anónima crónica *Nubdat al-‘aṣr fī ajbār mulūk Banī Naṣr* (“Breve narración, sobre la historia de los reyes nazaríes”), coetánea a los hechos, desvelaba cómo, allá por el mes de noviembre de 1489 y en el barrio granadino del Albaicín, los bandos que seguían al sobrino y al tío “unos a otros se mataban y se pillaban mutuamente los bienes” (Bustani y Quirós, 24).

Divisiones internas

De la lectura de este último relato, que un morisco granadino exiliado en Fez –la ciudad en la que precisamente se refugiaría Boabdil, el último emir nazarí– reeditó en esta ciudad en 1534 sobre la base de una obra anterior de parecido título, se infiere también con claridad que el divorcio entre el pueblo y el Poder apareció desde los inicios de la postrera ofensiva castellana contra el último Estado andalusí (Bustani y Quirós, 8-11). En efecto, nos cuenta que el emir y su camarilla sólo aceptaron a regañadientes ir a recuperar la ciudad de Alhama, que había sido tomada por los

¹ Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación I+D+i de Excelencia “La mujer nazarí y meriní en las sociedades islámicas del Mediterráneo medieval (siglos XIII-XV). Poder, identidad y dinámicas sociales” –NAZAMER– (HAR2017-88117-P), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad, del que es Investigadora Principal la primera autora de este trabajo. Por su parte, el segundo autor pertenece a los siguientes Proyectos de Investigación: “La construcción de una cultura fiscal en Castilla: poderes, negociación y articulación social (ca. 1250-1550)”» (PGC2018-097738-B-100) y “Circuitos financieros, crecimiento económico y guerra (siglos XV-XVI)” (UMA18-FEDERJA-098), ambos integrantes de la Red Arca Común (<http://www.arcacomunis.uma.es>), e igualmente del Grupo del Plan Andaluz de Investigación, Desarrollo e Innovación de la Junta de Andalucía “Fuentes documentales del reino de Granada” (HUM 243). Se inscribe asimismo en las actividades de ambos autores como miembros de la Unidad Científica de Excelencia “Ciencia en la Alhambra” (UCE-PP2018-01, Universidad de Granada).

cristianos a finales de febrero de 1482, y que el emir ordenó abandonar la pelea a pesar incluso de que se consiguió derribar una puerta y empezar a escalar la muralla para penetrar en la ciudad. Comportamiento que contrastaba con el de los cristianos, quienes se pasaron toda la noche mejorando la defensa y recibieron el apoyo de los refuerzos llegados de Andalucía, que se asentaron en un campamento para apoyar a los sitiados.

Entre los cronistas castellanos, Alonso de Palencia (52) fue acaso quien se expresó con mayor contundencia sobre el beneficio que los conquistadores podían sacar de esas divisiones internas. Sin embargo, si creemos a Fernando del Pulgar, el otro gran cronista de la Guerra de Granada, la estrategia divisoria no concitaba unanimidad entre los dirigentes castellanos. Según él, los pareceres contrapuestos se pusieron de manifiesto a propósito de la conveniencia de aceptar el vasallaje que Boabdil, tras ser hecho prisionero, ofreció en 1483 al rey don Fernando para recuperar su libertad con palabras elogiosas para los monarcas castellanos (Pulgar, 82). La división de opiniones quedó patente en sendos y extensos razonamientos de dos personajes de primera fila: el maestre de Santiago y el marqués de Cádiz. Don Alonso de Cárdenas era partidario de mantener preso a Boabdil porque, una vez libre, no cumpliría su promesa y se evitaría darle al enemigo un líder joven y no “viejo, doliente, e desamado de los de su reyno,” como era el caso de Muley Hacén (Pulgar, 83-86). El razonamiento de don Rodrigo Ponce de León despreciaba la coyuntura del momento y recurría a un argumento basado en las lecciones del pasado, al recordar que los nazaries tenían tan “poca fe con sus reyes, e les an tan poco acatamiento, que ligeramente los fazen e desfazen estando libres,” como “en diversos tienpos lo avemos visto, e agora veemos en la prisión deste” (Pulgar, 86-89).

Es bien sabido que los acontecimientos inmediatos le dieron la razón al noble andaluz, pues, como apuntó Alonso de Palencia (88,) se encendió “el fanatismo religioso”, de modo que los alfaquíes excitaron “a los granadinos a no sacrificar lo más sagrado para todo mahometano, la religión y las libertades, el afecto hacia un hombre”. Además, los principales ulemas de Granada, movidos por su padre, dictaron contra Boabdil una fetua el 17 de octubre de 1483, que el clero musulmán se encargó de difundir también a través de sus predicaciones. El dictamen deslegitimaba el golpe de Estado que le había aupado al Poder, pues no solo había violado el juramento de fidelidad debido al emir, sino que también había encendido “el fuego de la guerra civil” y corrompido la concordia entre los musulmanes; condenaba luego el pacto suscrito en el mes de agosto con el rey de Castilla, amparándose en las azoras V, 56 y LX, 1 del Corán, que prohíben a los musulmanes pactar con judíos y cristianos; pero, por último, dejaba la puerta abierta del perdón a aquellos que renunciaran a la disensión y a la rebeldía, conformándose también con lo dispuesto en la azora V, 43. El impulsor no tardó en sufrir el celo de quienes se autocalificaron como “ilustres y sapientísimos, guías del género humano, [y] lámparas en las tinieblas, en la sublime corte [de] Granada” (Granja, 158), pues no tardó en ser víctima de los tumultos alentados por los alfaquíes, viéndose obligado a refugiarse en Almuñécar (Palencia, 198-200). Según Pulgar (135-136), El Zagal también contó con el apoyo de los alfaquíes para tomar la ciudad de Almería y ponerla en obediencia de Muley Hacén; Boabdil pudo escapar para

refugiarse en Castilla, pero su tío ordenó matar a su hermano pequeño y a otros de su parcialidad y no tardó en aprovechar la enfermedad del “rey viejo” para proclamarse emir². Ese paso de “rey a peón”, para decirlo en palabras de Elisabeth Drayson (81), marcó el inicio de la segunda fase de la guerra civil, que los alfaquíes trataron de frenar dando el título de rey a tío y sobrino (Palencia, 237): superpuesta a la de conquista, su relato puede seguirse en la obra recién citada y en otro libro de lectura fácil escrito por la sabia pluma de Camilo Álvarez de Morales. Aunque no podemos detenernos en el trágico episodio almeriense por la limitación de espacio a la que estamos obligados, su recuerdo sí nos sirve para adentrarnos en las atrocidades generadas por una doble guerra que se extendió durante casi una década.

Los horrores de la guerra

El énfasis que la historiografía ha puesto en episodios posteriores, a los que pronto nos referiremos, ha oscurecido el final trágico que cerró el primer acto de la guerra: la conquista de la ciudad de Alhama el primero de marzo de 1482. Para comprender el calificativo que acabamos de utilizar basta con leer dos pasajes, de indisimulado providencialismo veterotestamentario, de la crónica de Fernando del Pulgar (11):

Cosa fue, por cierto, maravillosa a los biuientes que vieron la destruyçión de aquella çibdat, en pocas oras fecha, que no quedó en ella alma biua, dellos muertos e comidos de perros, e los que quedaron biuos llevados cativos a tierra de cristianos, e los ganados robados e llevados a muchas partes; e aun fasta en los perros de aquel lugar quiso Dios mostrar su punición que no quedasen biuos. E porque hallamos en la Sagrada Escritura quando Dios se indignaua contra algund pueblo los amenaçaua con destruyçión total, fasta los perros, plógonos ynquirir la manera de biuir de la gente de aquella çibdat, porqué plugo a Dios mostrar su yra tan súpita e tan cruel contra ellos. E fallamos que bien cerca della ay vños baños en un hedeçiõ muy hermoso, donde ay agua manantial caliente de su natura. A estos baños venían onbres e mugeres a se bañar, así de la çibdat como de otras partes de moros. Estos baños eran causa de algunas mollesas de

² Palencia (174-175) achaca la matanza de Yūsuf a su propio padre Muley Hacén: “La traición de los guardas del Alcázar permitió a Albuacén ensañarse con los partidarios de su hijo aprovechando su ausencia; y así, sus satélites dieron muerte a Benaliscar, alcaide de la fortaleza y principal entre los amigos de Boabdil. Lo mismo hicieron con el hermano de éste, por orden del inhumano Albuacén. Sepultaron en un calabozo a la Reina, su mujer, y cometieron las mayores atrocidades con cuantos seguían el partido de Boabdil, que hubiera sido su primera víctima a no haberse hallado lejos de allí atendiendo a otros asuntos”. Hernando de Baeza (Rodríguez *et al.* 2018, 88-92), describe la escena con detalle y precisa que El Zagal no hizo sino cumplir la orden de su hermano Muley Hacén, quien luego pareció olvidar que hubiese ordenado el parricidio y lamentó la muerte de su hijo, dando pie así a su confinamiento en la fortaleza de Salobreña “ciego y endemoniado”.

los cuerpos e deleytes demasiados, do proçedía oçio, e del oçio luxurias malas e feas, e otros engaños e malos tratos que façían vnos a otros, por sostener la oçiosidad en que estauan acostunbrados.

Esto considerado, creemos que plugo a la justiçia de Dios darles tal pugnición, que avn fasta los perros de aquella çibdat no quedasen biuos; porque fuese enxemplo para los que lo oyesen, e temiesen de perseverar en los pecados por no incurrir en la yra diuina.

Unas líneas antes (10), cifró los cautivos en 4.000 mujeres y niños y en 1.000 los hombres muertos, para añadir que, transcurridos cuatro días de la conquista,

porque los cristianos padecían gran pena del mal olor de los cuerpos de los moros muertos, que estauan por las calles e por las casas, acordaron de echarlos fuera de la çibdat, en el campo; e allí al canpo salían los perros de la çibdat a los comer.

Por esa espantosa razón, añade el cronista castellano, “los moros [...] tiraron con las ballestas e mataron todos los perros; de manera que ni avn los perros de la çibdat quedaron biuos” (11). Dado que Diego de Valera (138) estableció en más de 2.000 hombres los defensores de la ciudad, su toma pudo cobrarse por tanto la mitad de los súbditos nazaríes, los cuales, movidos por “aquella fuerza de cuerpo e de corazón que se requiere pelear a todo ome esforzado” y, “esperando cada hora que les vernía socorro de Granada” (Pulgar, 9), “començaron a lançar tantas saetas e piedras e tiros de espingarderos, que no avía ninguno que por ella osase entrar” (Valera, 138). La resistencia minó hasta tal punto el ánimo de los sitiadores que el marqués de Cádiz, como cuenta este último cronista, hubo de arengarlos y consentir que, luego de conseguir entrar en la ciudad, no tuvieron miramiento alguno: los sitiados se refugiaron en la mezquita mayor, aunque terminaron entregándose cuando “el marqués mandó poner fuego, porque herían mucha gente” (Valera, 139). El cronista del Puerto de Santa María escribe también que algunos asaltantes quisieron quemar la ciudad para evitar una defensa que se antojaba difícil, aunque se impuso la opinión de resistir. El emir, en efecto, no tardó en acudir con un enorme contingente de 7.000 caballeros y 100.000 peones y los combates trabados con los resistentes y los apoyos llegados de fuera se saldaron con la muerte de 1.750 nazaríes, entre los cuales se encontraron algunos “principales”, como un hijo de Aliatar, el alcaide Loja (Valera, 141-145).³

Al año siguiente, el desastre cambió de bando en la Ajarquía malagueña, donde los castellanos sufrieron tal matanza que los compañeros de los muertos “imploraban misericordia del enemigo, pidiéndole el cautiverio y el aliciente del futuro rescate á cambio de la vida” (Palencia, 67). Pulgar (69-70) abundó en las consecuencias de aquella primera derrota del ejército castellano: hubo más de 1.000 cautivos, algunos de

³ Palencia, 32-33, reduce a la mitad aquel ejército: 3.000 jinetes y 50.000 peones.

los cuales cayeron en esa situación porque “algunas mugeres moras salían de Málaga, e prendían los cristianos que fallavan derramados e perdidos por los campos”. En 1484 el infortunio se trasladó a Setenil, cuyos moradores sufrieron con tanto espanto “el horrisono fragor” de las lombardas y los “desgarradores lamentos” de las mujeres y los niños que pidieron el perdón de sus vidas y se entregaron (Palencia, 146-150). La benignidad del monarca castellano llegó al punto de recompensar a la persona que había tratado bien a los cautivos en la villa de la sierra de Cádiz, pero esa actitud benevolente podía tornarse en ira y crueldad, como sucedió en Benamaquís al año siguiente. En efecto, cuando el ejército castellano se dirigía tomar Coín y Cártama, los habitantes de esta alquería del valle del Guadalhorce se ofrecieron al marqués de Cádiz para hacerse súbditos del reino de Castilla y el monarca accedió, pero pronto se rebelaron y el engaño despertó la ira inmisericorde del rey. Andrés Bernáldez (156) fue muy escueto: “fiçoles el rey meter a espada a todos, e así murieron más de çien moros por las armas, fechos pedazos”. Fernando de Pulgar, el autor anónimo de la *Historia de los hechos del marqués de Cádiz* y Diego de Valera fueron más prolijos, aunque difieren a la hora de cuantificar y calificar socialmente a las personas que fueron ejecutadas; el primero (154) hizo hincapié en los “principales”:

E el Rey mandó hazer justicia de los moros que en ella estauan, e fueron puestos a espada e ahorcados ciento e ocho moros principales della. E mandó que se tomasen catiuos todos los otros, e las mugeres e criaturas que en ella se fallaron; e mandó quemar la villa, e derribar el muro.

El segundo (239-240) fue menos preciso en lo que respecta a la calidad social, pero subrayó que don Rodrigo, cuando la villa se entregó al cabo de dos días de asedio, acudió a la crueldad para complacer a su monarca:

E todos los moros que dentro estauan, que eran más de ciento, mandó que todos fuesen metidos a espada e despennados de las más altas torres de la fortaleza e fechos pedaços, E commo el rey lo supo, tóuolo por muy bien fecho e recibió grandísimo placer. (Carriazo Rubio, 239-240).

Y el tercero (187) añadió un matiz hasta cierto punto contradictorio con lo que acabamos de escribir: “el rey, por enojo que destos moros tenía e por dar castigo a otros, mandó fazer justicia de çiento y veynte moros”, pero, atendiendo la súplica del marqués y de otros caballeros otros caballeros, “perdonó lo restante de moços y mugeres y niños, que serían fasta çiento y ochenta personas”.

La primera aparición de los gomerres tuvo lugar en esta comarca malagueña del valle del Guadalhorce. Definidos por Fernando de Pulgar (256) como “onbres que en los regnos de África usan la guerra continuamente” y pasan a algunas partes del emirato “a ganar sueldo” y guerrear contra los cristianos, en 1485 llegaron a Monda y luego fueron a Coín, donde uno de ellos manifestó, a modo de arenga, su disposición “a morir como moro por socorrer los moros” (Pulgar, 157). Sin embargo, su presencia en la villa

no evitó que entre sus habitantes –aunque 1.500 de ellos “peleaban ansiosamente por su libertad”– cundiera el terror, debido a los estragos que producían la artillería castellana y otras máquinas de guerra, y el desánimo, dado que “los lamentos de las mujeres y los llantos de los niños abatían el ánimo de los defensores, ya muy decaído del vigor con que empezó la resistencia”. Los coínos pidieron la rendición y “la multitud imploró” no ser molestada en el viaje a Málaga cuando abandonara la villa, gracia que les fue concedida, aunque los dirigentes castellanos fueron incapaces de evitar que

Algunos de los nuestros, (...), que durante el sitio habían sufrido más daño, bien por el deseo de vengar la muerte de sus parientes, bien porque esto les sirviera de pretexto para satisfacer su ansia de rapiña, acometieron fuera de los límites señalados a la desdichada muchedumbre de los fugitivos, degollaron a muchos inermes y les robaron cuanto pudieron traer consigo. (Palencia, 177-179).

Aquella “pérfida hazaña” indignó al rey don Fernando, quien, “ya que no pudo prender a los culpables por haberse diseminado, mandó tomarles lo robado y restituírselo a los supervivientes de Coín”. Sin embargo, dentro del lugar “no quedó nada que no se repartieran las tropas”, de suerte que, “arrasadas la mayor parte de las casas, perdió Coín aquel aspecto de belleza que le distinguía entre las otras poblaciones del territorio de Málaga”, añade el cronista, para subrayar a renglón seguido –movido siempre por su devoción hacia don Fernando– que “bien pronto cundió el espanto entre los habitantes” de la vecina Cártama, los cuales comunicaron “a los sitiadores su intención de apelar a la clemencia del Rey antes de experimentar los rigores del sitio, porque hasta para los enemigos era dechado de virtudes” (Palencia, 80).

La ciudad de Ronda cayó también en la primavera de 1485. Sus habitantes estaban tan acostumbrados a la guerra que enseñaban a sus hijos el manejo de la ballesta, y quizás por eso los más avezados para la pelea salieron de ella para defender Málaga y otros lugares de su comarca, alertados por lo que no fue sino una añagaza del monarca castellano para desprotegerla. El ataque minó la seguridad de sus gentes y la villa terminó entregándose después de que se reprodujeran la turbación, el miedo, el espanto a la artillería, el llanto de las mujeres y el desmayo e impotencia de “los moros principales” (Pulgar, 171; Palencia, 186). La crueldad y el terror reaparecieron en los dos años siguiente durante los asedios que precedieron a las conquistas de Loja y Vélez Málaga y de la estratégica villa de Íllora, y en los tres casos el relato procede de la pluma de Alonso de Palencia. En la de Loja (1486), el cronista palentino, antes de relatar los destrozos de la artillería, destaca el ensañamiento con que se emplearon los ingleses –con el noble Edward Woodville al frente⁴– y los españoles, que acuchillaban “a los eternos enemigos de la Cruz”, sin respetar “ni a los niños y demás seres indefensos (...), de modo que por todas las calles se veían correr arroyos de sangre”, aunque entre los castellanos hubo también cerca de 400 muertos y más de 500 heridos cristianos (Palencia, 239-242). Por su parte, Fernando del Pulgar (220-221) acudió al rencor fronterizo de unos y otros, así como al del fracaso del primer intento de

⁴ Sobre este personaje, v. Benito 1974-979 y García y Novoa 2014, 173-175.

conquistarla años atrás, para explicar la crueldad con que se desarrolló el cerco sobre esta ciudad.

Loja se rindió el 29 de mayo, precipitando, entre otros lugares y villas, la caída el 9 de junio de Íllora –“que los granadinos llamaban su ojo derecho”–, pues “emplazada rápidamente la artillería (...), apoderóse de sus ánimos el terror que poco antes habían experimentado los de Loja” (Palencia, 245)⁵. El día 17 se entregó la vecina villa de Moclín por un golpe de fortuna proporcionado por “la divina providencia” –el incendio que un mortero provocó en la munición almacenada en una parte del castillo–, dado que “el ejército castellano tropezó con más obstáculos de los que esperaba”, tanto porque su emplazamiento dificultaba el acceso de la artillería como por el valor y la pericia de sus habitantes, “acostumbrados de toda la vida a los peligros de la guerra, y dispuestos a defender su libertad, su religión, sus moradas y sus haciendas” (Palencia, 247-248). Y de hecho, en el mes de septiembre anterior, el primer ataque contra Moclín terminó en una de las contadas derrotas castellanas gracias a que –como subrayó el autor anónimo de la *Nubdat*– “puso Dios fortaleza en el corazón de los musulmanes”, que persiguieron a los cristianos “matando por ellos a placer” (Bustani y Quirós, 17-18). Alonso de Palencia (205-206) también se hizo eco de lo acaecido, atribuyendo el revés “a los desdichados peones, muertos de cansancio en su mayor parte en aquellas angosturas” y resaltando la crueldad propagandística de que hizo gala El Zagal:

Luego mandó Abohardillas cortar las cabezas a los cadáveres de los cristianos que iba encontrando a su vuelta y llevarlas como trofeos para proporcionar un espectáculo más interesante a los moradores de Granada y hacerles ver qué Rey habían elegido. Y para mayor alarde de pujanza, permaneció en Moclín dos días con el ejército, jactándose de estar dispuesto a pelear con D. Fernando, si éste aceptaba el reto.

El Zagal se instaló en la Alhambra, justamente enfrente del Albaicín, donde Boabdil, liberado de su segundo apresamiento, era auxiliado por los monarcas castellanos “con toda clase de recursos” militares y alimenticios “con el objeto de que se robusteciera la discordia y aumentase el malestar” (Bustani y Quirós, 24). Desde la colina roja, El Zagal acudió a Vélez Málaga, pero su indecisión en la defensa de esta ciudad, nueva conquista castellana en 1487, le impidió volver a Granada, “aunque los granadinos se negaron a darle entrada en la ciudad, y por unánime aclamación de los que seguían a Boabdil y de los que antes le combatían, fue éste aclamado por único Rey” (Palencia, 284). Los veleños, retomando de nuevo el relato de Alonso de Palencia,

⁵ Pulgar (228) también recordó el rencor fronterizo cuando se cercó esta villa: “Esto sabido por el Rey, e por los caualleros e otras gentes de su hueste, considerando la enemiga que generalmente avía entrellos, por las muertes e robos e catiuerios crueles que todos los tienpos pasavan de vnos a otros, reçelaron de algund ynpetu furioso que la multitud de los moros, que estauan tan çerca en la çibdat de Granada, farían en las gentes del real.”

volvieron a sentir –como todos los nazaríes, subraya el cronista– el terror de la artillería⁶ y, ante la defección del emir, encargaron la defensa al alguacil Reduán Venegas, quien, con el consentimiento del monarca, negoció con su antiguo carcelero, el conde de Cifuentes don Juan de Silva, la entrega de la ciudad fuera de las murallas, dando por sentado que tanto él como los otros habitantes confiaban en la clemencia de don Fernando y aclarándole, a modo de justificación, que

Sólo habían tomado las armas contra los cristianos por la protección de sus lares; por la conservación de la tierra tantos años poseída; por la defensa de sus mujeres, hijos y bienes, y por el libre ejercicio de su religión en las mezquitas. Mas ante el temor del terrible estrago de la inmediata expugnación, no se resistían a someterse al yugo de una esclavitud humana; pagarían mayores tributos que los granadinos y se mantendrían tan leales al Rey y a la Reina como, lo habían sido a los Reyes de Granada, con tal que se les permitiera vivir en su ciudad.

La respuesta del conde, que hizo de intermediario con el monarca castellano-aragonés merece añadirse a la antología de los textos que ilustran la ideología de la Reconquista:

Más tarde el Conde declaró las condiciones que el Rey le había comunicado. Los moros abandonarían sus viviendas para ser entregadas a sus legítimos poseedores cristianos. En lo demás se concedería a los despojados cuanto creyeran conveniente para su salvación en el concepto más humano. Pero que tuviesen entendido los de Vélez-Málaga que habían de dar libertad a los cautivos cristianos, puesto que Cristo había concedido la victoria a los suyos. Por tanto, si cualquiera de aquéllos hubiera enviado a otras tierras de moros a alguno de sus cautivos, debería traerle a su costa. (Palencia, 285-286).

El mismo Alonso de Palencia (290-291) escribió, a modo de sentencia bien razonada, que de la rendición de Málaga “dependía el término de la guerra de Granada” y que para los musulmanes su asedio representaba una “amenaza de completo desastre”. Añade luego que sus habitantes se encontraban divididos sobre cómo convenía proceder, pues, aunque “deseaban vivamente permanecer en aquella su fértil tierra natal”, también “temían la cólera que contra ellos había concebido el poderosísimo rey D. Fernando a causa de la crueldad de los renegados, berberiscos, y otros bárbaros del

⁶ Pulgar, por su parte, destacó como denominador común de los nazaríes su costumbre de guerrear dando alaridos y así lo hizo constar en los enfrentamientos habidos en Zahara de la Sierra (14), Loja (28), Ajarquía (65, 67), Lucena (71), entrada en la Vega de Granada de 1485 (138), Ronda (167), Loja (220), Moclín (238), Vélez Málaga (273) y Málaga (300). En la Ajarquía precisa que “los moros daban grandes alaridos, con el orgullo del vencimiento; e los cristianos gemían las muertes que veían de los suyos, e las que ellos esperarían” (67).

África”, incrementada por la presencia de “muchos monfies que habían cometido crímenes en la Serranía de Ronda”, después del plazo en que debieron someterse a D. Fernando; pero, lejos de hacerlo así, continuaron con sus fechorías, de manera pública o escondida, contra los cristianos y se acogieron al amparo de los malagueños. (Palencia, 292-293). En las páginas siguientes relata con detalle las vicisitudes del cerco, dominadas por la disensión que apareció entre Alí Dordux –“tan notable por la agudeza de su ingenio como por sus riquezas” (312)– y los gomeres. Fernando del Pulgar dedica asimismo algunos pasajes (298, 301-302, 309 y 314) a describir el temor que aquella “gente inhumana” despertaba entre la población malagueña, pues llegaron incluso, cuando aumentaba la hambruna, a buscarse alimentos en las casas de otros, a matar a quienes se negaban a dárselos o a robar las casas de los judíos, algunos de los cuales murieron de hambre; siendo así que los mercaderes y los que no sabían utilizar las armas

fueron puestos en turbación tal, que ni pensauan tener anparo ni lugar seguro a su vida ni de sus mugeres e criaturas, e ni sabían si era buena aquella defensa que se façía, o sy era mejor consejo entregar la çibdat al Rey, porque el miedo de los cristianos que los guerreavan de fuera, y la fuerza de los gomeres que los señoreavan de dentro, les priuaua el entendimiento para aver consejo.

Esa división sirvió de trampolín para que la tragedia fuese escalando cimas de extrema dureza. Andrés Bernáldez (188), por ejemplo, se hizo eco de cómo progresaron, conforme avanzaba la duración del sitio, la “pena e laçería de hambre de la comunidad”, que suplicaba en vano al Zegrí y a otros dirigentes militares que se entregase. Los cuales, lejos de seguir ese camino, se inclinaban por matar “las mujeres e los más viejos, que no eran para pelear, y que después saliessen peleando e muriesen, e que no diesen tal honrra e vitoria a los cristianos de dárselos a partido.” Semejante locura llevó a Alí Dordux a pedir negociar con el rey, pero, como la propuesta fue rechazada, en la ciudad hubo

muy gran ruido e muy gran turbación; e ficieron las gentes della muy grandes llantos e lloros, assí los hombres como las mugeres e pequeños. E ya a este tiempo comían los cavallos e asnos e perros e gatos, e comían los troncones de las palmas altas molidos, hechos pan; e muchos de los que comían aquel pan, desde bevían el agua sobre ello, morían; e assí murieron muchos, ca se hinchavan co ello e morían. E llegaron en tanta necessidad antes de que se diessen, que se murieron de hanbre muchos.

La *Historia de los hechos del marqués de Cádiz* también recoge que algunos habitantes que salieron de la ciudad decían que hacía “más de veinte días que no comen pan ninguno, syno bestias e perros e gatos que tienen en las casas” (Carriazo Rubio,

282)⁷. Diego de Valera (263-264) fue si cabe más explícito, valiéndose asimismo de la información de un malagueño que informó de los padecimientos de sus convecinos. Alonso de Palencia (319), por su parte, precisa que, faltos ya de todo alimento, “hasta los más poderosos” se vieron obligados “a devorar perros, ratas y comadreas, y de los que habían comido caballos y burros muy pocos escaparon a la muerte”. Fernando del Pulgar (321-322) insistió en la hambruna y en el comportamiento de los gomerés en un pasaje posterior a los que antes hemos referido:

La hambre crecía tanto en la çibdat, que los más días algunos moros salían a se ofreçer por esclavos de los cristianos, eligiendo de su voluntad el cativerio, por sostener la vida. Estos dezían que ya en la çibdat eran bien pocos los que podían aver pan de çeuada, y que comían cueros de vacas cozidos, e a las criaturas davan fojas de parras picadas y cozidas con azeyte.

Dezían asimismo que los gomerés entraban en las casas, y tomaban por fuerza las cosas que fallaban de comer, y quebraban arcas, y derribaban las paredes e otros lugares donde pensaban fallar pan e otros mantenimientos escondidos; e que andaban ya tan disolutos, haciendo tales fuerças, que los moradores de la çibdat estaban atribulados por la hambre que padescían e por las fuerças que resçebían; e que lloraban la hambre de dentro, e la muerte o el cativerio que esperaban de fuera. (...)

Después de pasados algunos días, la hambre creció tanto en la çibdat, que ninguno comía pan, salvo carne de bestias y cueros de vacas cocidos, e comían lo seco de las palmas molido, de que hacían pan. Los moros ofiçiales e mercaderes e otras gentes, eligiendo más el cativerio que reçelaban que la hambre que padescían, pospuesto el temor de los gomerés, osaban ya hablar a los capitanes e a las otras gentes de guerra, amonestándoles con Dios que entregasen la çibdat al Rey e a la Reyna.

Los textos anteriores prueban que nuestro conocido exiliado nazarí no exageraba cuando escribió que los habitantes de Málaga resistieron el asedio castellano

con la mira puesta en Dios, luchando bravamente y sin mostrar inquietud ni turbación, ni hacer concebir al enemigo esperanza de lograr lo que de ellos pretendía. Así continuaron hasta que, agotados los víveres y provisiones, llegaron a alimentarse de los animales que estaban a su alcance: caballos, mulos, asnos y perros. También se vieron obligados a consumir pieles y hojas de árboles, amén de otras cosas (más o menos) comestibles; hasta que habiéndose, a su vez, agotado todas esas cosas, tuvieron que sufrir los sitiados un hambre horrible. Como, por otra parte, fueron muriendo muchos de los valientes varones

⁷ Los cristianos y renegados de Salobreña, cuando fueron sitiados por Boabdil antes de que comenzara el asedio sobre Granada también acudieron al recurso extremo de “alimentarse de caballos y otras bestias” (Bustani y Quirós, 39).

que sostenían la lucha y la guerra, terminaron por rendirse y solicitar salvoconducto. Pero ya el enemigo se había dado maña para entrar en la ciudad, valiéndose de toda clase de artes y estratagemas. Hizo prisioneros a todos los defensores, cautivó mujeres y niños—a más de apoderarse de todos sus bienes—distribuyéndolos como esclavos entre sus cortesanos y capitanes. Grande fué la desgracia sufrida por los vencidos. (Bustani y Quirós, 28).

La crónica de Diego de Valera (265-266) no se distancia mucho de este pasaje. En ella leemos, en efecto, que el musulmán mancebo que salió de la ciudad el 14 de agosto informó de que, cuando los dirigentes dijeron que el rey castellano no aceptaba ningún trato, “todos lloraron muy amargamente, no sabiendo darse consejo”, pues “unos decían que devían poner fuego a la çibdad, e matar las mujeres e gente de quien no se pudiesen ayudar de las armas, e dar en una estancia, e así morir como hombres famosos” y otros, en cambio, eran partidarios de rendirse y esperar la clemencia en la que confiaban “conosciendo la humanidad e virtud del rey e reyna de España”. El cronista portuense nos ofrece asimismo otro pasaje muy ilustrativo del clima de venganza que la desgracia de las malagueñas y los malagueños alimentaba entre los primeros mudéjares que vivían en los lugares ya conquistados de lo que al poco sería el obispado de Málaga:

Como los moros de Gaucín creyesen quel rey no podría tomar a Málaga, e que partiéndose de allí ellos quedarían en libertad, acordaron de matar como mataron no solamente a los arrendadores que yvan a cobrar los derechos reales, mas a todos los que con ellos yvan. E así fueron muertos por ellos catorce christianos muy crudamente, haziéndoles pedaços, cortándoles los dedos por las coyunturas; e llevando allí sus hijos les dezían: aprender cómo avéys de matar los cristianos. Y esto hecho, estos moros quisieron hurtar la fortaleza de Gaucín e la de Casares; e tan grande fué su maldad, que osaron escrevir al rey cómo ellos avían muerto aquellos cristianos porque dezían que les demandavan más de lo que avían de aver. El rey mandó hazer la pesquisa e hallóse aquellos moros aver muerto e captivado más de quinientos christianos. E la cosa quedó assí por entonces. (Valera, 259-260).⁸

En 1489 el escenario de la guerra se trasladó a la Ajarquía granadina, donde El Zagal se había hecho fuerte frente a su sobrino, aunque embargado por la tristeza —hasta el punto de llamarse a sí mismo “rey sin ventura”—, si creemos lo que dice la *Historia de los hechos del marqués de Cádiz* (Carriazo Rubio, 291). En las comarcas orientales del emirato, el acontecimiento más notable y casi único —pues su desenlace tuvo un efecto

⁸ La *Historia de los hechos del marqués de Cádiz* data este alzamiento a finales de septiembre de 1488, es decir un años después de la conquista de Málaga; solo refiere que se levantaron “por algunas synrazones e ynjurias” que recibían del alcaide, a quien pensaron matar, y que el movimiento fue aplacado por el noble andaluz, quien no solo afeó los vicios del alcaide sino que “mandó degollar e enforcar tres de los suyos” (Carriazo Rubio, 303-305).

dominó en forma de rosario de capitulaciones– fue el cerco de Baza, que se prolongó desde mediados de junio de 1488 a finales de noviembre de 1489 y cuyos pormenores, por lo que respecta sobre todo a los sitiadores, estudió Miguel Ángel Ladero en un trabajo pionero (1964). Del relato que del mismo escribió Fernando del Pulgar (390 y 398) se desprende la aparición del transfuguismo de los “malos cristianos” que dejaban el real e informaban a los sitiados que en él “avía mengua de gente, e que no pagauan sueldo [y] otras faltas del real”, lo cual les fortalecía “en la defensa de la çibdat”. Otra novedad fueron los combates que unos y otros entablaron a campo abierto extramuros de la ciudad “sin tener horden de batalla”, ni poder “guardar vanderá, ni estar a gouernaçión de capitán”, lo que provocaba, además turbación y miedo, tal desconcierto “que ni sabían ni podían ver quáles eran los vençedores, ni en qué partes, ni quáles eran los vençidos” (Pulgar, 375-376).

Del sufrimiento padecido en el interior de la ciudad tenemos un testimonio impagable –como fuente histórica, naturalmente– de Muza Tererí, que salió de Baza con su mujer el domingo 2 de agosto de 1489 y respondió a un extenso interrogatorio de 57 preguntas que ha llegado hasta nosotros por un documento simanquino que publicó Miguel Garrido a principios del siglo pasado (1910, 175-180): escasez de alimentos para personas y bestias, falta de agua, dificultad de abastecimiento, reuniones secretas o públicas de los dirigentes, temor a las lombardas, etc. Por su parte, Alonso de Palencia, al referir una de las escaramuzas antes mencionadas, escribe que los bastetanos “no lograron ocultar, según la costumbre de los moros, la desgracia de sus adalides muertos en aquel encuentro”, de modo que pronto se oyeron “los llantos y alaridos de las mujeres por los fúnebres lamentos que por las calles se oían” (404). Aunque lo que realmente interesa de su relato es el grado de enconamiento que alcanzó la guerra civil entre los dos emires nazaríes, en contraste radical con el entusiasmo cruzado que movió a algunos caballeros nobles de Alemania, de Francia y de diversas partes del mundo a llegar al campamento castellano, “ansiosos de combatir contra los enemigos de Cristo”, y habrían sido muchos más “si el Papa no hubiese suspendido la indulgencia plenaria en los años anteriores concedida a cuantos contribuyesen al mayor éxito de la campaña”. Pues Palencia cuenta también cómo, a pesar de que los jefes de la resistencia bastetana creían que “los granadinos, obedientes, más por fuerza que de grado a Boabdil el joven, les llevarían refuerzos”, el emir reprimió sin miramiento alguno a los partidarios de acudir en socorro de los bastetanos hasta el punto de que “hizo degollar a muchos” de ellos, “mandó arrasar las casas y exterminar las familias de los que furtivamente hablan huido a Baza o a Guadix” y “aconsejó a D. Fernando que persistiese en el sitio, y dispipó sus temores de todo socorro por parte de los granadinos” (416-417).

La reducción a más de la mitad del número de caballeros (de 1.000 a 400), el cansancio y las enfermedades contagiosas, como la disentería, hicieron inevitable la rendición. En los preliminares, el rey castellano devolvió los ricos presentes que los dirigentes nazaríes le hicieron llegar por medio de dos informadores que don Fernando envió para conocer el estado de la ciudad. El pasaje de Alonso de Palencia (425-427) merece que lo reproduzcamos a pesar de su extensión:

Inmediatamente se trasladaron todos a la alhóndiga, donde vieron almacenada inmensa cantidad de trigo, cebada, mijo y maíz. Asimismo los del castillo pusieron de manifiesto gran número, de vasijas llenas de aceite y de vinagre, y además sal, garbanzos, lentejas y otras legumbres alimenticias. Al día siguiente, vistas ya por los nuestros las provisiones, regresaron al campamento con varios criados portadores de regalos para el Rey, consistentes en un brioso corcel con ricas mantillas, a la usanza de los que montan los reyes de Granada, o sea, con una preciosa adarga pendiente de la silla. Además llevaron otras preseas, muy estimadas entre los moros, y una piedra preciosa, más notable por su tamaño que por su calidad.

Cuando el Rey vio estos presentes y escuchó después lo tratado en la entrevista, tan diferente de lo que al principio se creyó tratarían, mandó devolver los regalos a los de Baza y decirles que los Reyes españoles solían aceptar con gusto los de los amigos, pero no los de los enemigos, y hasta darlos a personas que por ningún mérito se habían hecho acreedores a ellos. De un enemigo terco jamás debían aceptarse sin que precediese humilde obediencia y el arrepentimiento de su pertinacia. Así, pues, podían guardarlos en buen hora juntamente con la ciudad, hasta que se viesen obligados a perder cuanto entonces trabajaban por conservar. Con esta respuesta regresaron los moros a su ciudad, llevándose el caballo, las joyas y los demás presentes.

Es fama haber dicho el Alcaide que con aquello se había hecho más lo que agradaba al Rey que lo que le convenía. Por lo que después sucedió pudo conjeturarse que dijo esto porque tanto él como el Jefe de la guarnición creyeron poder sacar de las entrevistas con el Rey algo beneficioso para ellos, siempre que no se hablase de la futura rendición de la ciudad.

Unas páginas más adelante (434-436), el cronista comenta que los negociadores castellanos apreciaron en el semblante de los jefes bastetanos “su preconcebida inclinación a la entrega de la ciudad, siempre que les granjease honores y el servicio les procurase espléndidas mercedes”, de modo que “poco a poco llegaron a concertarse respecto a los premios particulares de los que gozaban buena posición”. Y añade, producida ya la entrega, que los que entraron en la ciudad comprobaron que la ciudad podía haber resistido más tiempo con los víveres disponibles, de suerte que en la razón de la entrega pudieron influir más los “quebrantados” ánimos y el “profundo abatimiento”, sin olvidar que los mejores 150 jinetes “de la guarnición, pidieron soldada a D. Fernando, bajo cuyo poderoso mando querían servir” (438-439). Esta insinuación se tornó en afirmación rotunda en el inicio del último libro que dedicó a la Guerra de Granada (449-450):

Los maravillosos efectos de la rendición de las poblaciones ya mencionadas y el repentino impulso de las que se entregaron exigen que, después de reconocer la poderosa mano del que todo lo dispone, haga alguna mención de los móviles con que a ello contribuyó la fragilidad humana. Ellos impulsaron al alcaide del

castillo y al jefe de la guarnición de Baza a mezclar con el temor de que estaban poseídos la esperanza de futuros medros. Desesperados de la salvación de los pueblos, ya imposibilitados de resistir por más tiempo el poder de D. Fernando, fingieron deseos de evitar la última ruina, y atentos en apariencia a la piedad, no se olvidaron, durante su vida, de proporcionarse aumentos de riquezas en medio de la paz.

Este pudo inspirar ciertamente a Jerónimo Münzer (99), a quien debemos una reflexión similar:

Dios misericordioso, que infundió la fuerza en el brazo del ínclito Fernando, quiso también infundir en su espíritu el consejo y la prudencia, porque, al cabo de diez años, Granada cayó en su poder, parte por rendición, parte por convenio y parte debido al oro y plata con que se untó a los alcaides moros de muchas fortalezas con el fin de que las entregaran, facilitándoles además, los medios de huir a África y abundante conducho para que no desfalleciesen de hambre por el camino.

La *Nubdat* no llega a tanto, e incluso desdice la disponibilidad de víveres, pero sí escribió que los dirigentes nazaries de Baza actuaron de espaldas al resto de los habitantes, aunque Fernando del Pulgar⁹ subraya que con sus “promesas” se ganaron el favor del “pueblo, que ligeramente se mueve a todas partes”:

Siguieron los de Baza resistiendo tan apretado sitio durante los meses de Xawal, Dulcada y Dulhicha. A fines de este último mes los notables de la ciudad hicieron, sin que se enterase el vulgo, un recuento de los víveres que quedaban; y como los encontraran suficientes sólo para pocos días, enviaron emisarios al rey de los cristianos, solicitando salvoconducto bajo ciertas condiciones que le propusieron. Habiéndole encontrado propicio, se concertó una tregua entre ambas partes. Por fin, las conversaciones, que se llevaban a espaldas del vulgo, condujeron a que las proposiciones fuesen aceptadas en su totalidad. (Bustani y Quirós, 30).

El epílogo del horror de la guerra en las comarcas orientales tuvo lugar en 1490 durante la revuelta mudéjar que tuvo lugar a finales de junio de 1490 como consecuencia del entendimiento de Boabdil con los musulmanes de Baza, Guadix y Almería. Mal conocida¹⁰, nuestras únicas fuentes de información sobre dicha revuelta son las crónicas de Fernando del Pulgar (449-440), de Andrés Bernáldez (218-221) y la *Nubdat*, que ofreció el relato más crudo de lo sucedido en Fiñana:

⁹ El cronista castellano se esmeró en narrar las vicisitudes de la entrega de Baza y la participación en el debate de El Zagal y los alfaqués y el pueblo de Guadix (Pulgar, 419-426).

¹⁰ La aproximación más completa es el trabajo ya añejo de Segura y Torreblanca 1986.

Los cristianos que habían venido en socorro de Fiñana lograron, tras duros combates, penetrar en el poblado. En ese momento, los cristianos que defendían la alcazaba, bajaron a la población, produciéndose gran matanza entre los musulmanes. Quedaron cautivos de los cristianos todos los hombres, mujeres y niños de la alquería, y reducidos a botín todos los bienes y efectos existentes en la misma. Con lo cual los vencedores se retiraron gozosos al interior de sus tierras. (Bustani y Quirós, 41).

El entreguismo de los principales nazaríes

A decir verdad, el comportamiento de los dirigentes de Baza¹¹ se había repetido en muchas de las conquistas anteriores. El repaso, siguiendo un orden cronológico, podemos comenzar con un pasaje de la *Nubdat*, que cuenta cómo, tras el desastre sufrido por los castellanos en la Ajarquía, El Zagal se encontraba en Málaga, y que el botín conseguido por los nazaríes (más de 2.000 prisioneros, entre los cuales se contaban “buen número de caudillos y condes”, caballos, bestias y bagaje) fue transportado a dicha ciudad para proceder a distribuirlos entre los que participaron en la batalla:

Pero todo él quedó, al fin y al cabo, en manos de las inicuas autoridades, que no reconocieron su derecho a ninguno de los asistentes al combate, a los cuales no tocó, en definitiva, parte alguna de lo conquistado. Este mal proceder sólo sirvió para su perdición ¡Dios nos libre de tamaña injusticia! (Bustani y Quirós, 14).

Luego, cuando el marqués de Cádiz puso cerco a la ciudad de Ronda, cuenta Diego de Valera (189-191) que *Yuze el Xarife* “daría horden por lo servir que el rey la oviese, siendo él çierto que el rey e la Reyna le harían merced” y “que podría mucho fazer en la cibdad porque era uno de los más prinçipales, así en linaje como en hedad e fazienda”. Una vez rendida la ciudad, añade que el alguacil *Alhaquín* –que era el “prinçipal della”– pidió que el rey castellano le hiciera “merced un lugar de moros en tierra llana en sus reynos en que él y sus parientes pudiesen bivir y él fuese el prinçipal del lugar”, dado que ni “él e algunos parientes suyos no podían yr al reyno de Granada ni les sería seguro”. Alonso de Palencia (175-176) abundó sobre ello e introdujo matices muy significativos:

¹¹ Según Pulgar (372-373), “en la çibdat [de Baza] estaua por capitán el caudillo, que se llamava Mahomad Haçén, e por alcayde otro moro que llamava Hamete Abahalí; e estauan otros ocho capitanes, que se llamauan Yaya Alnacal, y Alcay Malfor, y Alí Abocar, Dalfán, e Mahomad Alatar, e Hamete Alatar, e Reduán Çafarja, e Alí Çahadón”; para Bernáldez (207), “avía en Baça tres principales cabdillos: el mayor era que se llamava Hacén el Viejo: éste el mayor cabdillo a quien todos acataban; e el otro, llamado Abdalí, era capitán de la gente; el tercer era Hubec Alargán, alcaide de Çujar, que era muy esforçado cavallero.”

Uno de los principales de Ronda, Jusef Xarif, hombre de gran cautela, muy adinerado y en otro tiempo conocido del Marqués de Cádiz, trataba de hallar algún recurso para escapar incólume. Parecíale el más seguro descubrir en secreto al Marqués, en cuya integridad tenía absoluta confianza, cuán abatido se hallaba el ánimo de sus convecinos; cuánta confusión había en sus propósitos, y, en suma, enseñarle la senda infalible por donde fácilmente podría apoderarse de la ciudad, con tal que D. Fernando, conduciendo a otra parte su ejército, aparentase dirigir toda su atención a combatir a los de Málaga y a los pueblos más próximos.

Y más adelante (188) añade que

según la dicha confesión de Yucef Xarif, el vecindario de Ronda había quedado reducido a la tercera parte de defensores, y sólo parecían dispuestos a defender la ciudad los de la plebe, tratando de pasarse a Albuacén todos los pudientes desde la toma de Setenil por nuestras tropas, [siendo así que], tomados así los arrabales, los sitiados, siguiendo el consejo del alguacil Mahomad el Cordi, primo de Hamete el Cordi, de los más acaudalados vecinos de Ronda, y a quien se había encomendado el absoluto gobierno y la defensa de la ciudad, decidieron rendirse.

Sin ser exactamente un “principal”, sino solo hermano de uno de los habitantes que estaban dentro de la fortaleza de Zalea –actual pedanía de Pizarra–, Fernando del Pulgar (201-203) cuenta cómo aquel súbdito nazarí le ofreció al clavero de Calatrava, que en 1485 ejercía como capitán mayor de Alhama, la entrada de los castellanos en el lugar. Este consultó la propuesta con otros capitanes y caballeros, que temieron que más que traición fuese engaño, pero el clavero creyó al musulmán y puso en marcha la operación durante una noche, que, aunque saldándose con muertos por ambos bandos, terminó con éxito para “grand daño” de la comarca de Vélez Málaga.

Volviendo de nuevo al relato de Valera (209), en él leemos que cuando, tras la rendición de Moclín, el marqués de Cádiz conducía a sus habitantes a Granada, como ocurrió en otros casos¹², dos de los alcaides que iban en la comitiva se le ofrecieron para acompañarle “a pelear con los moros” y le pidieron que los recibiese “en sus batallas”, dado “que no eran ellos hombres para estar mirando la pelea, e que querían pelear por su servicio aquel día contra todos los hombres del mundo”. El mismo don Rodrigo propuso, tras la toma de Vélez Málaga, mediante Cristóbal de Eslava, alcaide de su villa de

¹² Por ejemplo con los habitantes de Loja, que marcharon a la capital del emirato “faciendo muy grandes llantos e amarguras” (Bernáldez, 168, y Bustani y Quirós, 21); Íllora, Colomera, Píñar, Montefrío, Cambil y Alhabar (Bustani y Quirós, 21-22, Valera, 211-212, y Pulgar, 200). Según este último cronista, la migración a Málaga, Cártama y Coín, antes de que fuesen conquistadas, estuvo motivada por el deseo de defenderlas (151-152 y 155-156).

Marchena, al alcaide de Comares, Mahomad el Jabis, “que era moro muy cuerdo y muy guerrero”, que entregara la fortaleza y la villa al rey castellano. El nazarí no dudó en aceptar la propuesta –olvidando su primera intención de “morir como bueno que aver de dar la fortaleza al rey ni a otro grande ninguno”– ante la promesa de recibir mercedes del rey, que se concretaron en 3.000 mil doblas castellanas de las arcas regias y en vestidos de seda y escarlata de manos del marqués (Carriazo Rubio, 272-273). El marqués de Cádiz, a decir de Andrés Bernáldez (178-180), intentó también, valiéndose de otro criado suyo, que uno de los musulmanes que salieron de Vélez Málaga, Mahomad Mequer –“que tenía su casa e muger e fijos en Málaga, e tenía mucha parte en ella”– tratará de conseguir la rendición de esta última ciudad o al menos del castillo de Gibralfaro. Para cerrar el entendimiento, don Rodrigo lo condujo, como hizo con el alcaide comareño, ante el rey y le advirtió que debía “fazer mucha honrra, que es cavallero de Málaga e tiene en ella mucha parte, e puede en la toma de ella aprovechar mucho”. Don Fernando consintió y dejó el concierto en manos del marqués, poniendo sus “tesoros” para que los repartiese “en el partido de Málaga, si la podéis aver en mi nonbre, como vos quisiéredes”. Autorizado por el rey, don Rodrigo armó caballero al referido Mahomad Mequer, le regaló un caballo y sus propias corazas, lanza y adarga –generosidad que repitió con un pariente compañero del nazarí– y envió a ambos a Málaga, con un criado suyo que hablaba árabe,

con cartas de creencia de partido, en que dava al Zegrí, alcaide de Gibralfaro, porque entregase al rey la fortaleza, la villa de Coín de juro de heredad e cuatro mill doblas de oro; e dava a otro capitán llamado Abraham Zenete, que eslava en su compañía e liga, un alcaría, cual escogiese, e dos mill doblas de oro; e dava a Hazán, de Santa Cruz, que era un cavallero que se avía criado en Castilla e avía vivido con el marqués, otra alcaría e dos mill doblas; e dava a la gente de Gibralfaro cuatro mill doblas, que repartiesen en la cibdad. E dava cualquier partido que demandasen; que el rey se lo daría en tal que dexassen la cibdad e que el común gente se fuese e saliesse a vivir por las aldeas.

El Zegrí rechazó la propuesta argumentando que le habían escogido por ser “el mejor de los moros” de la ciudad y que solo negociaría con el rey. Pero cuando este envió una segunda embajada, sus mensajeros ya no pudieron entrar en Málaga, dando lugar a que comenzase el duro asedio que sufrió la segunda urbe del emirato. Y entonces, además de los padecimientos que ya conocemos, estallaron con fuerza y crueldad las disensiones internas, alimentadas por el fanatismo de los gomeres y de los monfies y porque algunos dirigentes eran partidarios de Boabdil, como el alcaide Aben Comixa, a cuyo hermano asesinaron para alertar a los malagueños de que no cabía entendimiento alguno con los sitiadores, opción que también defendían Boabdil y Alí Dordux, a quien, junto a “ocho de sus parientes más queridos” se “les concedió la libertad, la posesión de todos sus bienes muebles e inmuebles y la permanencia en la ciudad” (Palencia, 292-328). Una gracia que recompensaba su actitud dialogante y generosa hacia los monarcas castellanos, pues, si creemos a Diego de Valera (270),

conquistada ya la ciudad “envió un presente al rey e a la reyna de almayzares y albornozes y almanafas e camisas, e axorcas de oro e de plata, e otras joyas asaz ricas, e perfumes de diversas maneras”.

Pero, sin ninguna duda, el hecho más destacable e incluso espectacular del entreguismo fue la rendición de El Zagal después de la conquista de Baza. Fernando del Pulgar (430-431), que fue uno de los tres testigos presenciales de la entrega de Almería (22 de diciembre de 1489) relató la ceremonia, cargada de simbolismo feudal, valiéndose del recurso, que utilizó en otras ocasiones similares, de poner en boca de los vencidos discursos que muy probablemente nunca fueron pronunciados pero que a él le hubiese gustado escuchar¹³:

E luego partió el Rey de la çibdat de Baça, e fué para la çibdat de Almería. E llegando bien cerca de la çibdat, vino el rey moro; e vista la presençia del Rey, descaualgó del caualllo para le besar la mano. El Rey, guardando la preminencia devida al título real que aquel moro avía tomado, no consyntió la ceremonia que quería fazer, e rogóle que tornase a caualgar. El rey moro, cunplido lo que el Rey quiso, e puesto en su caualllo, se llegó a él e le dixo:

–¡Oh rey vencedor! Aunque he cometido contra tu seruiçio cosas que no an lugar de perdón, pero tu gran benignidad me dió aquella esperança de saluaçion que me quitó la ynorançia de mis consejos. Verdat es, rey poderoso, que quisiera e no pude defender la tierra de los moros de tu grand poder. Pero, pues plogo al soberano Rey de los Reyes escaparte con prosperidad de los peligros que te rodearon en el cerco de Baça, bien parece que su voluntad fué en el cielo quitar esta tierra a mí e darla a ti. E por tanto, he deliberado que ayas a mí ganado por vasallo, como ganaste la tierra por súbdita. E porque tu misericordia creo será tan digna para perdonar como tu poder es grande para señorear, vengo ante tu real señoría por ayer della, no lo que mis deservidos merecen, mas lo que tu piedat acostunbra.

¹³ Ríos (326), ha apuntado –equivocando, eso sí, a Fernando con Hernán Pérez del Pulgar, y valiéndose de una antigua edición de su crónica (Valencia, 1780)– que “la construcción discursiva sobre los musulmanes [del cronista real] no se hizo tanto con base en una retórica religiosa y espiritual sino a partir de una retórica política”, y así resalta en ellos “la ilegitimidad, la felonía o la sedición, a las cuales de añaden otros elementos de naturaleza moral como su crueldad o su espíritu alevoso”. Carriazo (1954, 49), ya llamó la atención sobre una carta de Pulgar al conde de Cabra, en la que confesaba: “Yo, muy noble e magnífico señor, en esto que escribo no llevo la forma destas corónicas que leemos de los reyes de Castilia; mas trabajo quanto puedo por remedar, si pudiere, al Tito Livio e a los otros estoriadores antiguos, que hermocean mucho sus corónicas con los razonamientos que en ellas leemos, envueltos en mucha filosofía e buena doctrina. Y en estos tales razonamientos tenemos liçençia de añadir, ornándolos con las mejores e más eficaces palabras e razones que pudiéremos, guardando que no salgamos de la sustançia del fecho.” Sobre la demonización de los musulmanes en los textos castellanos remito a Peinado 2017, 53-56.

Dado que dulcificó su derrota con sustanciosas mercedes (Garrido, 182-185), la generosidad de los monarcas castellanos mereció que la *Nubdat* se hiciera eco de la siguiente hablilla:

Es creencia de muchos que el emir Mohamed ben Saád y sus caídes vendieron al soberano de Castilla esas tierras y alquerías que le estaban sometidas, recibiendo por ellas el correspondiente precio. Todo ello lo hizo el emir de Guadix buscando una ocasión de vengarse de su sobrino el emir Mohamed ben Alí [Boabdil] y de sus caídes; pues todos estos, sin tener bajo su obediencia más que la sola ciudad de Granada, en esta permanecían (quietos, sin preocuparse de las otras comarcas del Andalus), teniendo, además paces firmadas con el enemigo. Con su proceder quiso el de Guadix cortar las ligaduras (que garantizaban la seguridad) de Granada, condenándola así a perecer, como habían perecido las demás tierras andaluzas. (Bustani y Quirós, 32).

La irremediable caída de Granada

Así sucedió: Boabdil enarboló la bandera de la resistencia en la ciudad de Granada, que dominaba desde finales de abril de 1487, impulsado por los círculos más fanáticos o temeroso de que Castilla incumpliera los pactos contraídos, dando pie a la suprema paradoja de que su tío el Zagal –hasta hacía poco paladín de la resistencia– y el cuñado de este Yahyā al-Naŷŷār, que pronto abrazaría el cristianismo con el nombre de don Pedro de Granada, al frente de sus hombres –“una taifa de renegados y mudéjares”, a decir de la *Nubdat*–, pelearan al lado de los cristianos en la Vega de Granada, “mostrándoles los puntos débiles de los musulmanes” (Bustani y Quirós, 39-40). En la segunda quincena del mes de enero de 1490, el ya único emir intercambió embajadas con los Reyes Católicos, quienes le exigieron que cumpliera lo que tenían acordado. Pero, inducido por los más reacios, se negó a la rendición, como contó el visir Abū l-Qāsim al-Mulḥ al secretario real castellano Fernando de Zafra en una de las cartas que ambos se cruzaron para pactar la entrega de Granada (Garrido, 211-212).

Isabel y Fernando entendieron la iniciativa de Boabdil como una rebelión y se prepararon para continuar la guerra, incrementando de inmediato los efectivos militares de las fortalezas y villas que rodeaban la Vega del Genil. La *Nubdat* (Bustani y Quirós, 40-45) resume con trazo grueso las escaramuzas que, “con la mira puesto en Dios y la confianza en el auxilio divino”, los granadinos realizaron durante el cerco a la capital del emirato: incursiones nocturnas al campamento cristiano, asaltos para rapiñar “caballos, mulos, asnos, ganado vacuno y ovino, hombres y otras varias cosas”, con tan buen resultado que “por la abundancia de carne en la ciudad, llegó a valer a dracma la libra”, aunque también escribió que “perdieron la vida muchos valientes infantes”. Ciertamente, aquella guerra casi cotidiana diezmo de manera irremediable tanto la infantería como, sobre todo, la caballería nazaríes. A esa disminución de los efectivos militares se sumó igualmente la derivada de la emigración que muchos granadinos emprendieron hacia la Alpujarra a través de Sierra Nevada, vía por la que asimismo

llegaban a la capital “provisiones de trigo, cebada, aldorá, aceite, y otras varias conservas y artículos”. Por eso, cuando, a principios del mes de noviembre, las primeras nieves cortaron la comunicación con la despensa alpujarreña y los castellanos impedían cultivar los fértiles campos de la Vega, la escasez acarrió hambruna y aumento de la mendicidad. La situación empeoró tanto en diciembre que, a decir de la *Nubdat*, “muchacha gente rica” se vio también “afectada por la miseria” ((Bustani y Quirós, 45-46).

Este mismo texto data en el mes de diciembre la reunión que los notables y representantes del “estado llano” mantuvieron con el emir para pedirle que negociara cuanto antes la rendición dada la penuria en que vivían, la absoluta desconfianza en que le ayudaran sus correligionarios norteafricanos y la presumible debilidad que el invierno también introduciría entre los sitiadores, a pesar de que estaban aconsejados por los traidores que se habían unido a ellos. Boabdil se mostró conforme si llegaban a “un criterio unánime, de acuerdo con vuestros intereses”. Sin embargo, el cronista exiliado no se engañaba, pues a renglón seguido (47) añade que

En opinión de muchos, el emir de Granada, su ministro y sus caídas habían entrado ya con anterioridad en tratos con el rey de los cristianos acerca de la entrega de la ciudad. Pero, temerosos de la actitud del pueblo, procuraban tratar a este con habilidad y prodigarle toda clase de halagos. Por eso, cuando revelaron al vulgo los proyectos que le ocultaban, este los perdonó al instante. Esto explica el que durante aquel tiempo hubiera el rey de los cristianos suspendido la actividad guerrera, a ver si entretanto se encontraba una fórmula de arreglo con el pueblo para iniciar los tratos.

Las últimas negociaciones, en efecto, se habían iniciado en el mes de agosto y han dejado un interesantísimo rastro de más de treinta documentos que los Reyes Católicos intercambiaron con Boabdil y los negociadores granadinos (Yūsuf Ibn Kumāša, Abū l-Qāsim al-Mulīḥ y Muḥammad al-Baqannī, “el Pequeñi”), o estos con Fernando de Zafra Como ya había ocurrido antes en Málaga, uno de los obstáculos para la rendición fue, según advirtió Juan de Mata Carriazo (1989, 707 y 835), el temor de los renegados de origen cristiano que, por varios motivos, habían buscado también asilo en la capital del emirato. En sentido contrario, de la predisposición de algunos notables nazarí a entregar la capital dan cuenta las palabras que al-Mulīḥ escribió en una de sus cartas a Fernando de Zafra: “Por Dios y por mi ley, si pudiese llevar a Granada a cuestas, que yo la llevase a sus Altezas; y esto lo habéis de creer de mí, y Dios me destruya si miento” (Garrido, 107). Ibn Kumāša y al-Baqannī expresaron sentimientos parecidos, sin olvidar nunca que la prudencia aconsejaba no forzar el ritmo de los acuerdos y sí ablandar a Boabdil, para que a su vez este ablandara a sus súbditos. Según Miguel Garrido Atienza, las mercedes que los Reyes Católicos sin mayor dificultad prometieron al emir y a los negociadores, en forma de dinero, disponibilidad de bienes y facilidad para emprender el camino del exilio, ocuparon un lugar destacado en las negociaciones, en las que, sin embargo, sí hubo más discusión en los asuntos relativos a la comunidad de Granada. Según al-Maqqarī, “el tirano [rey cristiano] pronto maquinó

para que [Boabdil] emigrara a la tierra de allende el mar, haciendo ver que eso había sido reiterada petición suya” (Velázquez, 2002, 537).

Alrededor de 6.320 personas embarcaron en octubre de 1493 hacia el Magreb con Boabdil y su familia –a excepción de su esposa, Umm al-Faṭḥ, fallecida antes del exilio, y de su hermana ‘Ā’iša (Boloix, 119)–, gracias a las naves facilitadas en un principio por los Reyes Católicos para tal fin, las cuales partieron desde los puertos de Adra y Almuñécar (Al-Nāṣirī, 96-97). Una vez arribado a tierras norteafricanas, el último emir nazarí pidió asilo al sultán waṭṭāsī de Fez, en una emocionante carta en la que su secretario, Muḥammad al-‘Arabī al-‘Uqaylī, imploraba su misericordia ante la pérdida de su reino (Moral, 238, 240 y 253):

Fuimos reyes, tuvimos dinastías en nuestra tierra,
y reposamos en ella, bajo diversos beneficios.
Pero nos despertaron certeras flechas mortíferas,
que alcanzan del modo más atroz a las víctimas (...).
Compadécete, ¡oh misericordioso!, haciendo extensiva tu piedad
a la persona, la familia, los allegados y los sirvientes (...).
¡Cuántas situaciones acertadas tuvimos en el *yīḥād*,
cuando los caballos tascaban las bridas! (...)
Hasta que nos sobrevino una calamidad, no pudiendo hacer contra ella
otra cosa que proteger a los niños y a las mujeres (...).

De cualquier manera, admitiendo que errores de opinión y de doctrina nos hayan hecho caer en un cenagal fangoso, nuestro trono ha sido arruinado, nuestra habitación (hogar) vaciada, nuestra bandera abatida y nuestro palacio tomado. Yo he sido más golpeado que ninguno de mis semejantes, ahora bien, la desgracia no elige a sus víctimas, pero la mano que lleva los beneficios está quebrada por la violencia de la envidia.

Perdida Granada, aquellos que marcharon con Boabdil acabarían diluidos en la sociedad magrebí de acogida y sumidos en la pobreza, pues en Fez encontraron una situación económica derivada del hambre y la sequía a su llegada (Charouiti, 103); un gran contraste que afectó incluso a la descendencia del propio ex emir nazarí, como pudo comprobar *de visu* el propio al-Maqqarī: “La familia de este sultán sigue residiendo en Fez, pues yo he conocido a descendientes suyos [durante la visita que giré] a esa ciudad en el año 1027 (1618), que estaban acogidos a los fondos de las obras pías (*awqāf*) para los pobres y los indigentes, contándose entre los mendigos” (Charouiti, 105; Velázquez, 2002, 542).

Patriotismo y apego a la tierra

La gran tragedia que supuso la paulatina pérdida del reino nazarí y, especialmente, de Granada se plasmó en una serie de testimonios en los que quedó

patente el apego de los vencidos, ya fuesen de la capa alta o baja de la sociedad, a sus enclaves de origen y su angustia ante un futuro incierto.

Un ejemplo lo protagonizó el alcaide de Purchena, Alí Avenfaar, quien, por renunciar a cualquier tipo de merced por parte de los monarcas castellanos tras la entrega de Baza, bien merece calificarse como uno de los “varones enteros entre los musulmanes” de los que habló Juan de Mata Carriazo (1954, 72). Fernando del Pulgar (428) puso en su boca estas palabras:

Vengo aquí ante vuestra real señoría, no a vender lo que no es mío, mas a entregaros lo que la fortuna fizo vuestro. Crea vuestra real magestad que si no me enflaqueçiese la flaqueza que hallo en los que me devrían esforçar, que la muerte me sería el preçio que resçibiese defendiendo la fortaleza de Purchena, e no el oro que me ofreçéis vendiéndola

Otro caso, que también resaltó el gran historiador quesadeño, fue el que, en un contexto dantesco, protagonizó un tejedor de Loja del que asimismo se hizo eco Fernando del Pulgar (223):

Acaesçió que un moro texedor, con su muger, estaua texiendo en su casa, sin ninguna alteraçión de las que la furia que pasaua en aquella ora le debiera poner. E como su muger e veçinos le aquexasen que se retruxiese presto a la çibdad, por escapar con sus bienes, como todos los otros facían, este moro respondió:

–¿Dó queréis que vayamos, o para qué nos guardaremos: para la hanbre, o para el hierro, o para la persecuçión? Dígote, muger, que pues no ay amigo que, aviendo piedat de nuestros males; me repare, quiero esperar enemigo que, aviendo codiçia de nuestros bienes, me mate. E por no ver los males de mi gente, quiero más morir agora con fierro, que después en fierros; porque ya Loxa, ofensa de cristianos e defensa de moros, es fecha sepultura de sus moradores e morada de sus enemigos.

E con esta opinión quedó este moro en su casa, fasta que los cristianos la entraron e lo mataran. E falláronse por las calles a por las casas del arrabal fasta quatroçientos e çinquenta moros muertos sin los otros que se fallaron en la çibdat; e porque el hedor de los muertos era grande, fueron echados de la çibdad e quemados en el campo.

Los lojeños, a decir de la *Nubdat* (Bustani y Quirós,12), también hicieron gala de “espíritu patriótico” durante el primer asedio que sufrieron en 1482, al igual que meses antes hicieron sus correligionarios de Alhama cuando pelearon por las calles de la ciudad con los castellanos “por la defensa de la vida suya e de sus mujeres e hijos, que vían matar e catiuar, [y] por la conseruaçión de su libertad” (Pulgar, 9). Un similar ímpetu de valentía y desprendimiento fue el que animó a los bastetanos, según recoge este mismo cronista en tres pasajes (403 y 416): arremetían de continuo contra sus sitiadores, prendían hombres, mataban bestias, robaban ganado y, ante la falta de dinero para pagar la soldada a quienes peleaban, el caudillo y los ciudadanos “tomaron las

manillas e çarçillos de las mugeres, e todas las joyas de oro e de plata que tenían en la çibdat” para convertirlas en moneda y poder “pagar el sueldo que devían aver la gente de armas que vinieron a la defender.”

La rendición de Baza facilitó la entrega de varias villas y aldeas cercanas por el apego a la tierra de sus habitantes, quienes, sintiendo que era “durísimo abandonar los lugares en donde se ha vivido feliz (...), prefirieron permanecer allí bajo condiciones humillantes, muy próximas a la esclavitud” (Palencia, 356-357). Pero esa unanimidad no siempre se dio, imponiéndose por el contrario la diversidad de pareceres, como ya hemos visto en el ejemplo acaso paradigmático de Málaga, o simplemente el terror a morir en una lucha desigual, como Alonso de Palencia (123-124) y Fernando del Pulgar (121-122) nos cuentan, en sendos relatos pormenorizados, que sucedió en Álora. En la crónica de este último (332-333), cuando relata la entrega de Málaga, podemos leer, en un lenguaje inclusivo *avant la lettre*, el mejor testimonio del sentimiento de apego a la tierra expresado en tono quejumbroso:

Los moros y moras de la çibdat, que desanparauan sus casas esperando la muerte y el catiuero en las ajenas, andando por las calles, torçían sus manos, e alçando al cielo sus ojos dezian:

–¡O Málaga, çibdat nonbrada e muy hermosa, ¡cómo te desanparan tus naturales! ¡Púdoslos tu tierra criar en la vida, e no los pudo cobijar en la muerte! ¿Do está la fortaleza de tus castillos? ¿Do está la hermosura de tus torres? ¡No pudo la grandeza de tus muros defender sus moradores, porque tienen ayrado su Criador! ¿Qué farán tus viejos y tus matronas? ¿Qué farán las doncellas, criadas en señorío delicado, cuando se vieren en dura servidunbre? ¿Podrán por ventura los cristianos tus enemigos arrancar los niños de los braços de sus madres, apartar los fijos de sus padres, los maridos de sus mugeres, sin que derramen lágrimas?

Estas palabras e otras semejantes dezían, con el dolor que sentían en ver cómo perdían su tierra e su libertad.

Si dolor es lo que transpiran los testimonios reproducidos sobre el sentir de los habitantes de los distintos puntos del reino nazarí que habían caído ante los cristianos, mucho más amargo fue el recuerdo que algunos cálamos guardaron de su capital, Granada, en relatos y poemas. Una vez pasada la tormenta, algunos autores se empeñaron en que permaneciese en el imaginario islámico la estampa de una Granada invencible, que se mantendría incólume como última capital del islam en al-Andalus porque sería defendida con ardor por sus combatientes hasta el punto de no temer estos al martirio. Así lo refleja la descripción que de ella realizó el mudéjar, posiblemente almeriense, Ibn al-Şabbāḥ (m. dp. 1489-1490), en la que retrata cómo era la ciudad años antes de ser tomada por los Reyes Católicos, para que así permaneciese en la memoria de otros mudéjares como él, ya sometidos:

Entré en la ciudad de Granada –¡que Dios la devuelva al Islam y la auxilie!– (...). El que vive allí es feliz y sus muertos son mártires. Basta que el enemigo la mire para sentir envidia. Basta para la inspiración del diablo, la inspiración de los idólatras y espina clavada [en los corazones] de los cruzados. El enemigo que la ve se llena de temor (...). En los terrenos y en las fortalezas famosas dispone de (...) espadas afiladas preparadas a todas horas e instante esperando al enemigo, [hombres] prestos a la lucha con los corazones [hinchidos] de alegría (...). Y la prueba de la bendición que existe en ella [Granada] es la victoria y el éxito sobre el enemigo a lo largo de todos los años pasados y venideros (...). ¡Cuántas batallas vencieron sobre los enemigos! (Constán, 181-184: trad./ 436-438: texto árabe; Boloix, 2019, 298).

Desde el Magreb lanzaría su lamento poético Abū l-‘Abbās Aḥmad al-Daqqūn (m. 1515), literato originario de algún punto del reino nazarí que, habiendo emigrado joven a Fez, vivió desde la otra orilla la conquista cristiana de Granada; una tragedia que recogió en su extensa casida titulada *Al-Maw’iẓa al-garrā’ fī ajd al-Ḥamrā’* (“La lección jugosa, sobre la toma de la Alhambra”), introducida por este autor de la siguiente manera (Velázquez, 2012, 326):

Cuando se puso el sol del Reino de Granada con la toma de la Alhambra, llamé a la puerta de la elegía, pues estaba embargado de tristeza; entonces dije unos versos que, emanados de un corazón compungido, hace llorar a [toda] persona prudente y juiciosa (...).

¡Que vivas a salvo de desesperanzas e infortunios
y te críes entre tus tíos, los paternos y los maternos!
¡Que no te aflija la pena del corazón!,
pues el cuerpo se fatiga sin trabajo.
Y cómo no, si los lugares de oración están vacíos
en la tierra de al-Andalus, por culpa de las atrocidades
que se han generalizado, abrumando el corazón de los musulmanes.
¡Ay de los musulmanes, entre tantos enemigos y tantas adversidades!
[A Al-Andalus] la han arrasado los ejércitos de los infieles,
que han borrado las huellas de los devotos y de los régulos (...).
Irrumpieron con un ejército, como las olas del mar,
por sus ricos pertrechos y sus campeones sin número (...).
Atronaban los oídos con las lombardas,
semejantes a los rayos que zarandean y destruyen.
Construían para destruir lo que Islam había construido
al punto de que los elocuentes no podrían describirlo (...).
Y [el enemigo] ocupó Granada la bella, privada como estaba
de sus abundantes cosechas, del auxilio de Dios y de la parentela (...).
Se repartieron como botín en cada casa,

pues todos, fuertes o altos, habían caído prisioneros.
 Las mezquitas [ahora] no están llenas de monoteísmo;
 las han llenado de campanas y de santos (...).
 Ni las escuelas acogen ya con afecto a los pequeños,
 Que recitan el Corán mañana y tarde (...).
 Pasó lo que tenía que pasar, y el amor [de Dios] hacia todas las criaturas
 se veía en las pupilas de las mujeres y los niños.
 Ahora seamos generosos [con los cristianos] que se alojan en nuestra casa,
 porque el destino es inconstante y hay que aprender de los ejemplos. (Velázquez,
 2012, 327)

Un sentimiento llamado a perdurar en el tiempo, salvo para quienes la derrota los acercó más a los vencidos que a los vencedores, como –por más que el dicho pueda pertenecer a la leyenda– bien ejemplificó en su lecho de muerte don Alonso Venegas con sus últimas palabras: “Bendito sea Dios, que nací moro y muero cristiano” (Soria 1995, 220).¹⁴

Obras citadas

- Álvarez de Morales, Camilo. *Muley Hacén, El Zagal y Boabdil*. Granada: Comares, 2000.
- Benito Ruano, Eloy. “Un cruzado inglés en la Guerra de Granada”. *Anuario de Estudios Medievales* 9 (1974-1979): 585-594; vuelto a publicar en Eloy Benito Ruano. *Gente del siglo XV*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1988. 149-166.
- Bernáldez, Andrés. *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*. Edición y estudio de Manuel Gómez Moreno y Juan de M. Carriazo. Madrid: Real Academia de la Historia Patronato Marcelino Menéndez Pelayo del CSIC, 1962.
- Boloix Gallardo, Bárbara. *Las sultanas de la Alhambra. Las grandes desconocidas del reino nazarí de Granada (siglos XIII-XV)*. Granada: Comares-Patronato de la Alhambra y el Generalife, 2013.
- . “¿Vencedores o vencidos? Claves del discurso triunfalista nazarí en tiempos de Reconquista”. En Carlos de Ayala Martínez, Isabel C. Ferreira Fernandes y J. Santiago Palacios Ontalva coords. *La Reconquista. Ideología y justificación de la Guerra Santa peninsular*. Madrid: la Ergástula, 2019, 281-302.
- Bustani, Alfredo y Quirós, Carlos. *Fragmento de la época sobre noticias de los Reyes Nazaritas o Capitulación de Granada y Emigración de los andaluces a Marruecos*. Edición y traducción de (...), Larache: Artes Gráficas Boscá, 1940.
- Carriazo, Juan de Mata. “Las arengas de Pulgar.” *Anales de la Universidad Hispalense* 1 (1954): 43-74.

¹⁴ Sobre este punto, además del trabajo citado, v. Soria 1992, Vincent 2004 y Osorio y Peinado 2006.

- . "Historia de la Guerra de Granada." En *La España de los Reyes Católicos (1474-1516)*, t. 17, vol. 1, de la *Historia de España* dirigida por Ramón Menéndez Pidal. Madrid: Espasa Calpe, 1989 [1.^a ed. 1969]. 385-914.
- Carriazo Rubio, Juan Luis. *Historia de los hechos del marqués de Cádiz*. Edición, estudio preliminar e índices de (...). Granada: Editorial Universidad de Granada, 2003.
- Charouiti Hasnaoui, Milouda. "Nuevas aportaciones sobre los moriscos establecidos en Marruecos tras la caída de Granada en el anónimo de la Gran Mezquita de Meknās". En Francisco Toro Ceballos y José Rodríguez Molina coords. *V Estudios de Frontera. Funciones de la red castral fronteriza: Homenaje a don Juan Toreros Fontes*. Jaén: Diputación Provincial, 2004, 95-108.
- Constán Nava, Antonio, *Edición diplomática, traducción y estudio de la obra Niṣāb al-ajbār wa-taḍkirat al-ajyār de Ibn al-Ṣabbāḥ (s. IX H./XV e. C.)*. Alicante: tesis doctoral inédita leída en la Universidad de Alicante, 2014; <http://rua.ua.es/dspace/handle/10045/45388>.
- Drayson, Elizabeth. *El último sultán. Boabdil y el fin de al-Ándalus*. Barcelona: Pasado & Presente, 2018.
- García Fitz, Francisco y Novoa Portela, Feliciano, *Cruzados en la Reconquista*. Madrid: Marcial Pons, 2014.
- Garrido Atienza, Miguel. *Las capitulaciones para la entrega de Granada*. Granada: Ventura Traveset, 1910. [Edición facsímil, con un "Estudio preliminar" de José E. López de Coca Castañer. Granada: Universidad de Granada, 1992].
- Granja, Fernando de la. "Condena de Boabdil por los alfaquíes de Granada". *Al-Andalus* 36/1 (1971): 145-176.
- Al-Nāṣirī, Abū l-'Abbās Aḥmad. *Kitāb al-Istiṣā' li ajbār duwāl al-Magrib al-Aqṣà*. Casablanca: Dār al-Kuttāb, 1995.
- Ladero Quesada, Miguel Ángel. *Milicia y economía en la Guerra de Granada: el cerco de Baza*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 1964.
- López de Coca Castañer, José Enrique. "La conquista de Granada: el testimonio de los vencidos." *Norba. Revista de Historia* 18 (2005): 33-50.
- Moral Molina, Celia del. "La última misiva diplomática de al-Andalus". En Celia del Moral Molina ed. *En el epílogo del Islam andalusí. La Granada del siglo XV*. Granada: Universidad de Granada, 2002, 202-259.
- Münzer, Jerónimo. "Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495", versión de latín por Julio Puyol. *Boletín de la Real Academia de la Historia* 84 (1924): 32-119.
- Osorio Pérez, M.^a José y Rafael G. Peinado Santaella. "Las bases materiales de la oligarquía de Granada: el patrimonio de don Alonso Granada Venegas (1522)". *Chronica Nova* 32 (2006): 269-287.
- Palencia, Alonso de. *Guerra de Granada*, traducción castellana por A. Paz y Meliá. Madrid: Tipografía de la Revista de Archivos, 1909. [Edición facsímil, con un "Estudio preliminar" de Rafael G. Peinado Santaella e índices elaborados por Amparo González Ferrer: Granada, Editorial Universidad de Granada, 1998].

- Peinado Santaella, Rafael G. *Guerra santa, cruzada y yihad en Andalucía y el reino de Granada (siglos XIII-XV)*. Granada: Editorial Universidad de Granada, 2017.
- Pulgar, Fernando del. *Crónica de los Reyes Católicos*. Edición de Juan de Mata Carriazo. Madrid: Espasa Calpe, 1943. 2 vols. [Edición facsímil, con un “Estudio preliminar” de Gonzalo Pontón. Granada: Marcial Pons, Universidad de Sevilla y Editorial Universidad de Granada, 2008].
- . *Letras*. Edizione critica, introduzione e note a cura di Paola Elia. Pisa: Giardini, 1982.
- Ríos Saloma, Martín F. “Los musulmanes en la *Crónica de los Reyes Católicos* de Hernando del Pulgar: imágenes y representaciones.” En Carlos de Ayala Martínez e Isabel Cristina F. Fernandes coords. *Cristianos contra musulmanes en la Edad Media peninsular*. Lisboa: Edições Colibri y Universidad Autónoma de Madrid. 319-327.
- Rodríguez Argente del Castillo, Juan Pablo, Tinsley, Teresa y Rodríguez Molina, José. *Relación de Hernando de Baeza sobre el Reino de Granada. Historia de los Reyes Moros de Granada. El ms. 633 de la Beinecke Rare Book and Manuscript Library, Yale University*. Jaén: El ojo de Poe, 2018.
- Segura Graíño, Cristina y Agustín Torreblanca López. “Notas sobre la revuelta mudéjar de 1490. El caso de Fiñana”. *En la España Medieval* V (1986): 1197-1215.
- Soria Mesa, Enrique. “Una versión genealógica del ansia integradora de la élite morisca: el Origen de la Casa de Granada”. *Sharq al-Andalus* 12 (1995): 213-221.
- Valera, Diego de. *Crónica de los Reyes Católicos*. Edición de Juan de Mata Carriazo. Madrid: *Revista de Filología Española*, anejo VIII, 1927.
- Velázquez Basanta, Fernando N. “La relación histórica sobre las postrimerías del Reino de Granada, según Aḥmad al-Maqqarī (s. XVII)”. En Celia del Moral Molina (ed.). *En el epílogo del Islam andalusí. La Granada del siglo XV*. Granada: Universidad de Granada, 2002, 481-554.
- . “Al-Daqqūn, Abū l-‘Abbās”. En Jorge Lirola Delgado dir. *Biblioteca de al-Andalus*. Almería: Fundación Ibn Tufayl de Estudios Árabes, 2012. I, 324-329.
- Vincent, Bernard. “Les élites morisques grenadines”. En Pierre Civil coord. *Siglos dorados. Homenaje a Augustin Redondo*. Madrid: Castalia, 2004. II, 1467-1479; traducido al español en Bernard Vincent. *El río morisco*, València: Universitat de València-Universidad de Granada-Universidad de Zaragoza, 2006. 187-198.